

LA UNIDAD DE LA IGLESIA CATÓLICA

San Cipriano

(Escrito en el año 251)

San Cipriano

Son muchas y de valor las fuentes que nos informan sobre su vida. Las más importantes y fidedignas son sus propios tratados y su copiosa correspondencia. Para su arresto, juicio y martirio contamos con las Acta proconsularia Cypriani, que se basan en documentos oficiales. Hay, por fin, una Vita Cypriani, que se conserva en un gran número de manuscritos y pretende ser escrita por su diácono Poncio, que compartió con él el destierro hasta el día de su muerte (Jerónimo, De vir. ill. 58). Es la primera biografía que se conoce en la historia de la literatura cristiana primitiva, pero nos consta que carece de valor histórico. El autor, lleno de admiración por su héroe, ha escrito un panegírico, deseando que «este incomparable y sublime ejemplo pase a la posteridad como memorial perenne». Buscaba, pues, la edificación.

Cecilio Cipriano, apellidado Tascio, nació entre los años 200 y 210 en África, probablemente Cartago, en el seno de una familia pagana, rica y extremadamente culta. Adquirió gran prestigio en Cartago como hábil retórico y maestro de elocuencia. Pero su alma, disgustada por la inmoralidad de la vida pública y privada, por la corrupción en el gobierno y en la administración y tocada por la gracia, buscaba algo más elevado. «Bajo la influencia del presbítero Cecilio, de quien recibió el sobrenombre, se convirtió al cristianismo y dio todas sus riquezas a los pobres» (Jerónimo, De vir. ill. 67). Poco después de su conversión fue elevado al sacerdocio y el año 248 o a principios de 249 fue elegido obispo de Cartago «por aclamación del pueblo», pero con la oposición de algunos presbíteros más ancianos, entre los que se contaba un tal Novato. Llevaba apenas un año ejerciendo su nuevo cargo, cuando estalló la persecución de Decio (250). Esta persecución afectaba a todos los súbditos del imperio, que eran obligados a sacrificar. Cipriano se escondió en lugar seguro y se mantuvo en frecuente contacto con su grey y con su clero. Sin embargo, su huida no encontró la aprobación de todos. Poco después del martirio del papa Fabiano, los presbíteros y diáconos que estaban al frente de la Iglesia de Roma durante la sede vacante enviaron la notificación de su martirio, al mismo tiempo que expresaban por medio de una carta su sorpresa por la huida del obispo de Cartago. Cipriano les mandó inmediatamente

una relación detallada de sus actividades y explicó las razones que le indujeron a huir:

He creído necesario escribiros esta carta para daros cuenta de mi conducta, de mi conformidad con la disciplina y de mi celo. Así que estalló el primer disturbio, el pueblo me reclamaba con mucho griterío e insistencia. Entonces, según las enseñanzas del Salvador, preocupado de la paz de toda la comunidad, más que de mi propia seguridad, de momento acordé huir, a fin de evitar que mi imprudente presencia sirviera de incentivo al motín que se había armado. Pero, aunque ausente en el cuerpo, he estado presente en espíritu y con mis acciones y consejos, según la medida de mis pobres fuerzas, siempre que lo he podido, me he esforzado en dirigir a mis hermanos según los preceptos del Señor (Epist. 20).

Incluyó en la carta las copias de otras trece escritas al clero, confesores y comunidades, para demostrar que no había abandonado sus deberes de pastor. Los últimos asuntos de esta colección hacen referencia a las dificultades que habían surgido entre tanto en Cartago. La reconciliación de los que habían negado la fe cristiana durante la persecución provocó vivas discordias, que desembocaron al fin en un cisma. Algunos confesores, creyéndose con autoridad en las cuestiones religiosas, exigían la inmediata reconciliación de los lapsi, o sea, de aquellos que más o menos gravemente habían negado su fe. Cuando Cipriano se negó a acceder, el diácono Felicísimo organizó un grupo con los adversarios del obispo, que pudo encontrar entre los confesores y los lapsi. Pronto se les unieron cinco presbíteros que habían votado contra él en su elección episcopal. Uno de ellos, Novato, mencionado más arriba, fue a Roma y allí apoyó al bando de Novaciano contra el nuevo papa Cornelio. Al volver Cipriano a Cartago, en la primavera del 251, excomulgó solemnemente a Felicísimo y a sus seguidores. Publicó dos cartas pastorales, que trataban de los apóstatas (De lapsis) y del cisma (De ecclesiae unitate). Probablemente en mayo del 251 se reunió un sínodo que confirmó los principios expresados por Cipriano y aprobó la excomunión de sus adversarios. Se decidió que todos los lapsos sin distinción fueran admitidos a la penitencia y reconciliados al menos a la hora de la muerte. La duración de la expiación debía variar según la gravedad del caso. Pronto se declaró una peste devastadora, dando ocasión a nuevos sufrimientos y persecuciones para los cristianos, a quienes se les hacía responsables de la indignación de los dioses. El celo desplegado por Cipriano en el cuidado de los enfermos y la ayuda caritativa que prodigó a todos los afligidos por la catástrofe contribuyó no poco a calmar la exasperación de los paganos. Desgraciadamente, los últimos años de su vida se vieron turbados por la controversia

sobre el bautismo de los herejes. Parece que la tradición de Cartago repudiaba en absoluto tales ritos. Tertuliano los declara explícitamente inválidos en su tratado De bautismo. Esta tesis fue sancionada por un gran concilio de obispos de África y Numidia, reunidos por Agripino hacia el 220 y confirmado por tres sínodos reunidos en Cartago los años 255 y 256 bajo la presidencia de Cipriano. El papa Esteban (254-256), informado de esta decisión, contestó en tono incisivo, poniendo en guardia a los africanos contra la introducción de novedades contrarias a la tradición. Cipriano no quiso cambiar de parecer. La disputa se envenenó rápidamente y llevaba camino de convertirse en peligrosa, cuando el emperador Valeriano promulgó un edicto contra los cristianos. En la persecución que siguió al edicto, el papa Esteban murió por la fe y Cipriano fue desterrado a Cucubis el 30 de agosto del 257. Un año más tarde, el 14 de septiembre del 258, fue decapitado no lejos de Cartago. Es el primer obispo africano mártir.

Fuente:

Patrología I

Prof. Johannes Quasten

Edición española preparada por Pedro Urseolo Farre y Estanislao M. Llopart.

Tercera edición, Editorial BAC, Madrid, 19778.

Pág. 635-638

LA UNIDAD DE LA IGLESIA CAÓLICA

Prólogo, traducción y notas de Juan Suárez

1. *“Gracias a la obra fecunda de Cipriano —dice Humberto Moricca en su Storia della Letteratura Latino Cristiana— la Iglesia Africana sale de la penumbra del segundo siglo, en la que estaba condenada a permanecer por la escasez e insuficiencia de documentos a la plena luz de la historia”.*¹

Obra de gigante ha sido la de este Santo Padre; tanto más si se consideran circunstancias especiales de su conversión y de su trabajo episcopal, pues San Cipriano, al sufrir el martirio en el año 258, durante la persecución de Valeriano, no llegaba a contar ni siquiera quince años de vida cristiana.

Las noticias biográficas que pueden darse de este personaje singular y tan discutido de la

1 Humberto Moricca, *Storia della Letteratura Latina Cristiana*, Vol.I, p.388. S.E.I,Torino,1924.

Iglesia de Cartago, se deducen de sus mismas cartas, de una breve biografía —la primera de este género que aparece en la bibliografía cristiana, la Vita Cypriani del diácono Poncio, su compañero inseparable— escrita al poco tiempo de producirse el martirio y de las Actas Proconsularia Cypriani, es decir de las Actas de su martirio y de un trozo de la obra De viris illustribus de San Jerónimo.

Como en aquellos tiempos no hilaba tan delgado en cuestiones de cronología, fuera de los documentos oficiales no pueden ser determinados a fecha fija muchos acontecimientos de la biografía del Santo.

2. Tascio Cecilio Cipriano debió nacer en el primer decenio del siglo tercero. Perteneció a una familia distinguidísima de Cartago. Tuvo una educación esmerada y llegó a ser uno de los varones más destacados y conocidos de la célebre metrópoli africana. Sobresalió en los estudios literarios, fue maestro de retórica y quizás abogado.

De la descripción que él mismo hace de su vida de pagano en el opúsculo Ad Donatum se desprende que pertenecía a la más alta sociedad.

“¿Cómo puede ser posible, me decía a mí mismo, una conversión de tal eficacia, que destruya de repente y totalmente todo lo innato de la naturaleza que se ha endurecido, o todo lo adquirido que se ha arraigado como costumbre a través de largos años? Todas estas cosas se han asentado con profunda y robusta raíz. ¿Cuándo aprende la parsimonia el que se acostumbró a lutas cenas y prolongados banquetes? Y el que resplandeció en oro y púrpura destacándose por el precioso vestido, ¿se contentará con un sencillo y plebeyo atuendo? No puede resignarse a la oscuridad y oprobio el que ha vivido halagado por el renombre y los honores. El que se ha visto asediado por una muchedumbre de clientes, ensalzado por la frecuente compañía de un ejército de aduladores, cuando se ve solo piensa que está castigado. A este tal le sucederá necesariamente que, como estaba acostumbrado con siempre tenaces solicitudes, la violencia lo invite, la soberbia lo hinche, la exasperación lo inflame, la rapacidad lo inquiete, la crueldad lo estimule, la ambición lo deleite, la voluptuosidad lo precipite. Estas cosas pensaba a menudo conmigo mismo...”²

3. Un santo presbítero —Ceciliano según la vida de Poncio, Cecilio según San Jerónimo— fue el instrumento de la gracia para la conversión de Cipriano. Quizás el aprecio y estima que guardó

2 Cipriano, *Ad Donatum*, 3-4.

hacia este ejemplar sacerdote, fue la causa del segundo nombre que, según conjeturas muy probables, fue tomado por él en el bautismo: Cecilio.

De acuerdo a los datos deducidos de la citada biografía del diácono mencionado y de los escritos del mismo Santo, la conversión de Cipriano no puede ser llevada más atrás del 247, es decir, cuando él tenía alrededor de cuarenta años y su bautismo debió tener lugar en la Pascua del año siguiente. Dos años después, 249, al morir el obispo de Cartago, Donato, el pueblo aclamó a Cipriano como sucesor. Esta circunstancia indica que, para inspirar tanta confianza al clero y al pueblo cartaginés, debía haber demostrado, en el aún poco tiempo de vida cristiana, gran madurez de espíritu y excepcionales dotes de gobierno.

Su biógrafo asegura que Cipriano, apenas convertido, siguió a la letra el consejo evangélico y vendió sus bienes para hacer beneficencia. Según el mismo Cipriano documentó en sus cartas, distribuyó parte de estos bienes entre los pobres y destinó lo demás a formar un depósito considerable para proveer a las necesidades de la Iglesia de Cartago.

4. *Pero a algunos quizás se le ocurra que la preparación cultural religiosa de Cipriano debió haber sido deficiente para poder, a tan poco tiempo de su conversión, presidir con competencia la iglesia más importante de África, pues el obispo de Cartago ejercía —sino de derecho, de hecho— una verdadera y real primacía sobre todos los demás obispos de las numerosas diócesis africanas. No hay duda que la vasta cultura adquirida antes de la conversión, en las letras y en el foro, le valió no poco para su formación científico-cristiana; pero su catecumenado y el primer año de su conversión debieron ser tiempo de profundos estudios escriturales y eclesiásticos. El Antiguo y el Nuevo Testamento, los escritos de los Padres Apostólicos, debieron ser sin duda estudiados a fondo por una mente que, además de una extraordinaria capacidad innata, poseía por sus antiguos estudios una severa y organizada disciplina. El hecho es que su posterior actuación abunda en pruebas de haber asimilado hondamente la cultura eclesiástica de su tiempo.*

San Jerónimo refiere que Cipriano se hacía traer frecuentemente las obras de Tertuliano, diciendo: Da magistrum! —“Tráeme a mi maestro!”—. Tixeront, en su Curso de Patrología, al referirse a este rasgo de la vida de San Cipriano, lo comenta así: “Una tradición referida por San Jerónimo presenta a San Cipriano como lector asiduo de las obras de Tertuliano, al cual llamaba «maestro». No obstante, es difícil imaginarse dos hombres de un carácter más desigual. Mientras Tertuliano era precipitado y violento, Cipriano era dueño de sí mismo. Su biógrafo, Poncio, hace

*notar que se imponía por su distinción y superioridad; pero se hacía querer por la sencillez, caridad y la cordial acogida que a todos dispensaba. Su prodigiosa actividad, a la cual nada podía sustraerle, no era ni precipitación ni turbulencia. Hombre de gran autoridad, pertenece a la raza de los grandes obispos, de aquellos directores de pueblos, tales como Basilio, Ambrosio, León y Gregorio. Con su ascendiente personal agrupó en torno de su sede a todo el episcopado de África, del cual, aunque carecía de título, era el verdadero primado”.*³

5. *Lo vertiginoso y para algunos quizás inesperado, de su rápida carrera eclesiástica, le originó dificultades y envidias, muy naturales por otra parte en circunstancias semejantes.*

Una facción dirigida por cinco presbíteros que se habían opuesto a su elevación, aprovecharon la ausencia de Cipriano, al ocultarse durante la persecución de Decio —año 250—, para ensombrecerle el prestigio, acusarlo de cobardía —hasta llegaron a Roma los rumores de esta acusación— y empezar a dividir la cristiandad de Cartago. Desde su retiro, el Santo seguía gobernando con singular acierto y prudencia por medio de cartas y de sacerdotes que estaban en continua comunicación con él. Se señalaron en esta oposición el presbítero Novato y el diácono Felicísimo. Contra las disposiciones del Obispo, empezaron a recibir a los renegados en el seno de la Iglesia sin que cumplieran las acostumbradas prácticas de penitencia, mediante recomendaciones de mártires o confesores, adquiridas mientras sufrían el martirio o estaban encarcelados. Desde su escondite, para cortar abusos, Cipriano escribía cartas a su clero, a sus fieles, a los mismos confesores;⁴ pero los facciosos, lejos de acatar la autoridad de su obispo, trataron, por dolo y subterfugios, según se desprende de la carta 59 del Santo, de hacer consagrar como obispo de Cartago a un tal Fortunato. Novato, no contento con los resultados obtenidos en Cartago y deseando fundamentar más su sedición, fue a Roma para ganar a su causa el prestigio de la Iglesia primacial de la cristiandad. San Cipriano excomulgó a los disidentes y, en vista del cisma y de los motivos que lo habían fomentado, escribió dos obras, las más notables de las suyas: De lapsis —los renegados o apóstatas— y De unitate Ecclesite —de la unidad de la Iglesia—. De ambas damos a continuación la traducción.

En abril del 251, terminada la persecución, Cipriano pudo volver a su sede. Para zanjar las

³ J. Tixeront, *Curso de Patrología*, Cap. VI, párrafo 29.

⁴ Se denominaban confesores a aquellos que habían sido apresados por la fe, o habían sufrido torturas sin haber llegado a la muerte. Por supuesto que los confesores, debido a esta circunstancia, tenían gran influencia entre los fieles.

dificultades surgidas, convoca una asamblea de obispos africanos, la que, a mitad de mayo del mismo año, confirma la excomunión de los disidentes y, oída la lectura de ambos escritos de Cipriano, establece que todos los renegados, sin exclusión alguna, podrían volver al seno de la comunidad cristiana con tal de cumplir con los requisitos de reconciliación y penitencia; y que los presbíteros y obispos renegados podían ser admitidos a penitencia, pero no reintegrado a sus funciones ministeriales.

6. Fue prodigiosa la actividad de Cipriano en los diez años de episcopado. Liberó a la iglesia del cisma de Novato y Felicísimo; influyó decididamente en librar a la de Roma del cisma de Novaciano, sosteniendo la autoridad del Papa Cornelio; deshizo las intrigas con que se trataba de establecer esa misma herejía novaciana en África y logró con sus cartas que el Papa Esteban depusiese al novacionista Marciano, obispo de Arlés; organizó una suscripción para ayudar a las iglesias de Numidia, asoladas por la irrupción de hordas bárbaras, llegando a juntar cien mil sextercios que envió a los obispos númeridos para rescatar a los cristianos cautivos; derrochó prodigios de caridad con su clero y beneficencia durante la tremenda peste que asoló el norte de África entre el 252 y el 254.

Esta actividad no fue óbice para que, a través de los diversos años de su episcopado y de acuerdo a las circunstancias que se le iban presentando, siguiera escribiendo diversos tratados y numerosas cartas.

La epidemia del 252 ocasionó un nuevo peligro, pues el Emperador Galo, atribuyendo las calamidades públicas al enojo de los dioses, ordenó sacrificios oficiales, en los que debían participar todos los súbditos del Imperio, en todas las ciudades. En Cartago se realizaron en el circo. Por supuesto que Cipriano y los fieles cristianos no intervinieron, lo que motivó la indignación del pueblo pagano, que reclamaba la muerte del obispo —¡Cyprianus ad leones!— acuciado por un perverso magistrado de nombre Demetriano; pero nuestro obispo supo detener a tiempo el golpe, escribiendo una carta pública a Demetriano, en la que rebatía las acusaciones y recriminaba la conducta del indigno magistrado. Poco a poco se fueron acallando los rumores persecutorios y volvió nuevamente, aunque por poco tiempo, la calma y la paz al seno de la Iglesia.

7. A principios del año 255 se origina la famosa controversia bautismal entre las iglesias de Roma y de Cartago. Largo sería seguir detalladamente su proceso. De ella muchos historiadores han tomado motivo para desprestigiar ya a uno ya a otro de los dos contendientes, según los

enfoques de cada cual. Ciertamente, el que lleva la peor parte es Cipriano por su oposición a la iglesia romana y a la vez a la tradición general, por esta sostenida. No es de la incumbencia del género de esta publicación entrar en los detalles y pormenores de esta controversia; diremos solamente que la Providencia, que tiene caminos más expeditos y sabios que los hombres, cortó por lo sano con el glorioso martirio del obispo de Cartago en la persecución de Valeriano y Galieno, el año 258.

Como en la traducción de las “Actas del martirio de Cipriano” se dan detalles acerca de los últimos días del Santo, remitimos a tan precioso como fidedigno documento, al lector para completar la síntesis biográfica esbozada en estas líneas.

8. *Los escritos de San Cipriano se deben, más que a la afición literaria del autor, a las necesidades prácticas de su ministerio. Transcribimos aquí el juicio que Tixeront da al respecto en su mencionado Curso de Patrología.*

“En él (Cipriano) el estilo no es rebuscado y huelgan los efectismos, si no son aquellos que fluyen involuntariamente de su temperamento africano y de su antigua profesión de retórico. Todo va enderezado a la utilidad práctica de los lectores. Por su equilibrio y armonía parece un clásico y su lenguaje, menos rico y menos expresivo que el de Tertuliano es más correcto, si bien arguye ya cierta decadencia y tiene un sabor marcado al terruño. Los siglos posteriores han admirado mucho su estilo y han tratado de imitarlo. Aunque fue un modelo no perfecto, su elección, en suma, ha sido feliz.”⁵

Las obras de San Cipriano han sido clasificadas en dos grupos principales: Los tratados u opúsculos, y las cartas. Humberto Moricca, en su ya citada obra, agrupa a su vez los tratados en tres categorías:

- 1. Obras apologéticas: Ad Donatum, Ad Demetrianum, Ad Fortunatum.*
- 2. Tratados dogmático-polémicos: De lapsis, De Catholicee Ecclesiee y Testimonia ad Quirinum.*
- 3. Tratados práctico-ascéticos: De mortalitate, De habitu virginum, De dominica oratione, De opere et eleemosynis, De bono patientiee y De zelo et livore.*

Además de estas obras, ha escrito el Sententiae aepiscoporum, proceso verbal del Concilio

5 J. Tixeront, Op. cit., Cap. VI, párrafo 29.

reunido en Cartago el año 256, bajo la presidencia del mismo Cipriano, su indiscutible autor.⁶

9. De las numerosas cartas escritas por San Cipriano se han conservado ochenta y una. Constituyen un verdadero monumento literario del estilo epistolar y un documento histórico de primer orden para reconstruir la disciplina eclesiástica, la organización y la liturgia del siglo tercero en el África cristiana.⁷

Aunque no estén fechadas, ha sido posible detallar la cronología de la casi totalidad en lo que se refiere al año; y en muchas, aun al mes.⁸ A través de ellas, va pasando un interesante panorama histórico de los principales acontecimientos que agitaron el turbulento decenio en que Cipriano gobernó la cristiandad cartaginesa. Las persecuciones, las incidencias internas de la iglesia, los cismas, las diversas cuestiones de Roma que tuvieron repercusión en África, como la contrastada elección del Papa Cornelio, el cisma de Novaciano y la cuestión sobre el bautismo de los herejes; la organización de la caridad, la asistencia moral y material a los encarcelados por la fe, la solicitud por los peregrinos, viudas, vírgenes y por la niñez abandonada... “Son páginas —comenta Sixto Colombo en el tomo II de la Corona Patrum Salesiana— de las que se transparentan aquella íntima participación de todos en las incidencias colectivas, aquel intercambio de riquezas que recuerda aún al vecino comunismo cristiano de la edad apostólica, leyendo esas cartas nos sentimos transportados a la edad clásica de la sociedad cristiana, edad en que la pobreza era un título de nobleza que acercaba más a Cristo y a la idealidad moral y religiosa del Evangelio; la riqueza consciente de su función, se sentía legitimada solo bajo la condición de considerarse como un depósito con fines de beneficencia, como un instrumento del bienestar común, como una escuela de piedad y de humanidad”.⁹

Hay, además, otras obras atribuidas a San Cipriano, pero que la crítica ha podido demostrar, o que no le pertenecen, o que es muy discutible su verdadera paternidad.

10. Para concluir con esta referencia a la labor literaria de nuestro Santo, citaremos este acertado juicio debido a la pluma del repetidamente mencionado Humberto Moricca.

“La producción literaria —dice— de Cipriano no nos ha llegado completa. Hay que lamentar la pérdida de algunas cartas recordadas por el mismo Cipriano y por Eusebio. Y es probable que

6 U. Moricca, Op. cit., Vol. I, pág. 412.

7 Idem, pág. 492.

8 Sobre la cronología de las cartas, véase Manuel Gullar en *Cartas Selectas de S. Cipriano*, pág. 9. Aspas S. A., Madrid, 1946.

9 *Corona Patrum Salesiana*, Serie Latina, Vol. II, p. XVII. S. E. I., Torino, 1935.

*también se hayan perdido algunos sermones, pues Poncio afirma que el Obispo de Cartago predicaba siempre y su pasión por la palabra era tan ardiente que hasta deseaba ser matado, el día de su martirio, mientras hablaba de Dios a su pueblo, congregado a su alrededor. Parece también que se deba lamentar la pérdida de un diccionario de estenografía, conocido por los eruditos del Renacimiento como obra de Cipriano. En efecto, según una constante tradición, habría renovado, perfeccionándolas y adaptándolas a las nuevas necesidades de la Iglesia, las famosas Notae Tironianae; es decir, el sistema taquigráfico de Cicerón y de su liberto Tirón; por tanto, debiera ser considerado como el fundador de la estenografía cristiana.*¹⁰

11. *Nos resta ahora decir algo sobre el tratado que ofrecemos a continuación, para cuya traducción hemos usado la más reciente edición de las Obras de San Cipriano, que es la de Wilhelm von Hartel en Corpus Scriptorum ecclesiasticorum latinorum (Viena y Milán, Hoepli), edición de amplio aparato crítico, de la cual hemos conservado la enumeración marginal. Los títulos los hemos puesto para facilitar la lectura y el manejo de ambas obras. Entre los opúsculos dogmático-polémicos de San Cipriano sobresalen sin discusión alguna estos dos: Unidad de la Iglesia Católica y Los renegados, cuyo valor doctrinario y literario podrá apreciar el lector.*

Ambos fueron compuestos, según los críticos, en la primavera del año 251, pues, al regresar el santo Obispo a Cartago después de la persecución de Decio, fueron por él leídos ante el episcopado africano, congregado por esa fecha en concilio para deliberar sobre las cuestiones surgidas durante la persecución y a causa de ella.

El tratado sobre La unidad de la Iglesia Católica es de los más conocidos y también la primera obra sobre este argumento, escrita con el exclusivo propósito de afirmar e ilustrar el principio de la unidad de la Iglesia y en el que se deja constancia afirmativa de la preeminencia que Cristo dio a San Pedro y con él a sus sucesores en la cátedra romana. Doctrina tradicional de toda la cristiandad, pero que hasta entonces no había sido formulada con tanta precisión como en este tratado. Debe añadirse que este libro tiene una importancia excepcional, si se considera la circunstancia de que San Cipriano es tenido por muchos estudiosos, como el primer sustentador de la concepción episcopaliana —cada obispo es independiente en su esfera y no debe dar cuenta sino a Dios— en detrimento de las prerrogativas primaciales de la Sede Apostólica.

10 Moricca, *Idem*, p. 492-493.

12. *La ocasión de este escrito fue la necesidad de oponerse a la obra destructora de los cismáticos Felicísimo y Novato que, aprovechando la ausencia de Cipriano durante la persecución, consagraron obispo a un tal Fortunato, dando como destituido y privado de sus derechos legítimos al Santo. Este cisma, que fue rechazado por la mayoría del clero y del pueblo, no dejó de hacer mucho mal en la grey cartaginesa y reveló a nuestro autor la necesidad de plantear con claridad y precisión el dogma de la unidad de la verdadera Iglesia. Con anterioridad, San Ignacio de Antioquía, San Ireneo y Tertuliano, se habían ocupado de este tema de la unidad de doctrina y de gobierno como una característica fundamental de la verdadera Iglesia, pero lo habían hecho como de paso. Los destrozos ocasionados por el mencionado cisma cartaginés y luego por el romano de novaciano, se presentaron ante el ánimo de Cipriano como una advertencia terrible que no podía ser descuidada; entonces decidió redactar este trabajo, que es una de aquellas obras que marcan época en la historia del pensamiento cristiano.*

Humberto Moricca, a quien seguimos en este estudio, se expresa de la siguiente manera:

“Este tratado se desenvuelve en torno de una cuestión que es todavía ahora un punto central de controversia religiosa. Nos preguntamos: ¿Jesucristo se contentó con enseñar una doctrina sin preocuparse de reunir entre sí a sus seguidores con lazos externos, o ha fundado una Iglesia que tiene una constitución propia, una forma de gobierno fija e invariable? El cristianismo, ¿es un hecho individual al que cada uno puede imprimirle el carácter que más le guste en conformidad con sus deseos y tendencias intelectuales y morales, o debe existir como sociedad organizada una vez por todas, por voluntad de su fundador? Desde las cartas de Ignacio de Antioquía, hasta los escritos de Ireneo y Tertuliano, todos los documentos de origen y proveniencia tan diversa, han respondido con perfecto acuerdo a esta pregunta: todas las iglesias esparcidas en el mundo y unidas entre sí por el patrimonio común de historia y de fe, constituían un gran cuerpo, la gran Iglesia una y universal, entre las cuales se distinguía en modo especial la iglesia de Roma, que preside, como dice Ignacio de Antioquía y se anticipa a todas las otras en la actividad del amor; con la cual, añade Ireneo, a causa de su eminente primado deben todas acordarse en la fe; y en la cual, continúa Tertuliano, los apóstoles Pedro y Pablo derramaron con la propia sangre, la doctrina toda entera de Cristo.”¹¹

11 Op. cit., I, p. 442.

13. *Todo esto queda dicho como una referencia al contenido general del tratado. Empero, las distintas recensiones del capítulo cuarto de esta obra, originaron una no pequeña polémica. En efecto: en unos manuscritos, el indicado capítulo del De unitate ecclesiae aparece como una afirmación categórica del primado de Pedro y de sus sucesores; y en otros no. ¿Por qué tal diferencia? Para unos, es una interpolación romana posterior, con el objeto de hacer triunfar la tesis de la supremacía romana a cuenta del gran obispo africano. Para otros, no existe tal interpolación porque los renglones en cuestión están absolutamente de acuerdo con el estilo de San Cipriano. Ambas explicaciones han sido largamente discutidas. Hoy prevalece en general la opinión que afirma que existe la interpolación; pero que fue hecha por el autor de la obra, por el mismo San Cipriano. De hecho, San Cipriano había redactado su tratado para contrarrestar la acción disgregadora del cisma cartaginés, suscitado contra él por elementos díscolos del propio clero; pero poco después apareció en Roma el cisma de Novaciano (251), de rápida acción y proselitismo, que en poquísimos meses intentaba propagarse por Italia, África, las Galias y Oriente. De inmediato advirtió su gravedad para toda la Iglesia universal y fue entonces cuando realiza la segunda edición de su tratado, pero con un párrafo categóricamente preciso sobre el primado de la Iglesia de Roma; palabras que serían luego, muchísimo después, en los tiempos modernos, objeto de prolongada y difícil polémica.*

14. *San Cipriano se consideraba el campeón de la unidad; ello le obliga a unirse al Papa San Cornelio para luchar contra Novaciano, verdadero prototipo de antipapa, cuya habilidad y recursos hacía peligrar la Iglesia Católica.*

Si bien es cierto que Cipriano sostuvo constantemente la unidad e independencia interior de cada iglesia y de su obispo, sin embargo no es posible ni justo presentarlo como el gestador del episcopalismo, herejía totalmente ajena a su tiempo y a los problemas que lo preocuparon. Sería exageradamente pretensioso exigir que San Cipriano refutase con tanta antelación a los favorecedores del cisma oriental y a los protestantes modernos. Su exégesis del Tu es Petrus, excluye toda duda a este propósito, porque no es este el único de sus escritos en que sostiene la supremacía de la Sede Romana. Numerosas cartas suyas lo afirman y no pocos hechos históricos por él actuados lo demuestran. En su correspondencia abundan textos en los cuales declara esta doctrina y durante su episcopado repetidas veces recurrió a Roma para que se remediasen males que afectaban a otras iglesias, como eran las de España y las de las Galias.

Concluyendo, citaremos dos frases que no parecerán de significación dudosa, ni que den margen a ser discutidas. En su carta 43, San Cipriano dice: “Dios es uno y uno es Cristo; y una, la Iglesia y una la cátedra fundada por la voz del Señor sobre Pedro”. En la 59: “Intentan navegar hacia la cátedra de Pedro e Iglesia principal, de donde ha surgido la unidad sacerdotal”.

Este tratado ha sido y seguirá siendo de actualidad en todos los tiempos. Verdad es que el tema fue posteriormente desarrollado por otros Padres y escritores con mayor amplitud y profundidad. Empero, este escrito, a más de ser un elocuente testimonio a favor de la Iglesia Católica contra las disensiones sobrevenidas luego a través de los siglos por distintos cismas, es también por la forma de su desarrollo, por la diafanidad de sus argumentos, por la sencillez de su expresión, un sabroso opúsculo de divulgación al alcance de todo el pueblo cristiano, una cálida exhortación a buscar y mantener la unidad; especialmente en estos tiempos, en que, si por una parte se nota un intenso movimiento de aspiración a la unidad en el campo religioso de las sectas cristianas, por otra, es evidente y de virulenta persecución el constante esfuerzo que se viene realizando en distintos países por separar a los fieles, creando las llamadas “iglesias nacionales”; es decir, iglesias humanas, organizadas políticamente por el Estado, separadas por ende —pues para eso se propugna la nacionalización— de su único lazo de unidad: la cátedra de Pedro y consumir así el sumum de la tiranía, la de los cuerpos juntamente con la de los espíritus.

JUAN SUÁREZ, S. D. B.



LA UNIDAD DE LA IGLESIA CATÓLICA

Insidias del enemigo. Es más temible la herejía que la persecución

1. Hermanos muy amados, nos amonesta el Señor cuando nos dice: “Vosotros sois la sal de la tierra” (Mt 5,13) y al ordenarnos que seamos simples en la inocencia como también prudentes en la sencillez. ¿Qué otra cosa nos conviene más sino entender y precavernos del insidioso enemigo, vigilando con solícito corazón para que no parezca que quienes nos hemos revestido de Cristo, la Sabiduría de Dios, nos preocupamos poco de asegurarnos la salvación? Por eso, no debemos temer solamente la persecución y aquellas cosas que atacan en lucha abierta a los siervos de Dios para arruinarlos y destruirlos, porque más fácil es la cautela cuando el temor es manifiesto y el ánimo se apercibe con anterioridad para la lucha cuando el adversario se declara como tal.¹² Debemos estar más precavidos y temer más al enemigo cuando se insinúa furtiva y ocultamente; cuando engañando con semblanza de paz, serpea por senderos escondidos, que esta es la causa por la que recibió el nombre de serpiente. Tal es siempre su artimaña, tal siempre su invisible y disimulada falacia para sorprender al hombre. Así comenzó a engañar de inmediato, desde el principio del mundo, mintiendo con agradables palabras la incauta credulidad de un alma sencilla. Así también pretendió tentar al mismo Señor acercándose nuevamente e insinuándose para engañar; por cierto que fue reconocido y desenmascarado e inmediatamente humillado.

Secreto vital: seguir los preceptos de cristo

2. Con ello se nos ha enseñado cómo huir del camino del hombre viejo¹³ y cómo seguir con perseverancia las huellas de Cristo vencedor para que no volvamos a ser enredados, nuevamente incautos, en los lazos de muerte, sino que prevenidos del peligro, entremos en posesión de la inmortalidad adquirida. ¿Cómo podremos conquistar la inmortalidad si no cumplimos aquellos mandamientos de Cristo con los que se combate y vence a la muerte? Para esto Él mismo nos reconviene y dice: “Si quieres llegar a la vida guarda los mandamientos” (Mt 19,17); y nuevamente: “Si hicieréis lo que os mando ya no os llamaré siervos sino amigos” (Jn 15,14). Por lo cual a estos

12 Referencia a la persecución declarada contra la Iglesia, llevada a cabo por enemigos manifiestos. Cuando el enemigo, en cambio, es interno y solapado, es más difícil desenmascararlo y por tanto más difícil combatirlo y mayor su daño.

13 Pensamiento frecuentemente repetido por San Pablo: Adán es el prototipo del hombre viejo, del pecado; y Cristo, el hombre nuevo, de la gracia. Los Padres hicieron mucho uso de él en sus sermones.

llama fuertes e incommovibles, fundamentados sobre piedra en su robusta mole y consolidados con inamovible e innegable firmeza contra todas las tempestades y torbellinos de este mundo. “Al que oye, dice, mis palabras y las cumple, lo asemejaré al hombre sabio que edificó sobre la piedra; se precipitó la lluvia, irrumpieron los ríos, llegaron los vientos y batieron contra aquella casa y no cayó. Es que estaba cimentada sobre piedra firme” (Mt 7,24ss). Debemos, por lo tanto, insistir en sus palabras; aprender y hacer todo cuanto Él enseñó e hizo. Por lo demás, ¿cómo dice que cree en Cristo quien no hace lo que Cristo manda hacer? o ¿cómo llegará a conseguir el premio de la fe, quien no quiere guardar fidelidad al mandamiento? El que no conserva la verdad del camino de la salud, necesariamente vacilará y vagará; será arrebatado por el espíritu del error e impulsado como polvo que se lleva el viento; jamás podrá avanzar en el camino de la salvación.

La herejía y el cisma son inspiraciones del espíritu del mal

3. Hay que precaverse entonces, no solo contra los peligros abiertos y manifiestos, sino también contra los ocultos en la sutileza de astuto engaño.

Pues en verdad, descubierto y humillado el enemigo con la venida de Cristo, al llegar la luz a las gentes y resplandecer el fulgor de la salvación para los hombres que la necesitaban —adquiriendo los sordos el oído de la gracia espiritual, abriendo los ciegos sus ojos al Señor, curándose los enfermos con salud eterna, corriendo los cojos a la Iglesia, orando los mudos con claras voces de plegarias— al ver abandonados los ídolos y desiertos sus templos y asientos por la gran multitud de los creyentes, ¿qué cosa más astuta y sutil pudo excogitar el enemigo que este nuevo fraude para engañar a los incautos, que encubrir su maldad con el mismo nombre cristiano? Por esto inventó las herejías y los cismas con los cuales destruir la fe, corromper la verdad, dividir la unidad.

A los que no puede detener en la ceguera del viejo camino¹⁴ los defrauda y engaña con el error de un camino nuevo. Arrebata los hombres a la misma Iglesia; y mientras a ellos les parece que se han cercado de luz y se han evadido de la noche del siglo, los sumerge, sin que se den cuenta, en otras tinieblas; de modo que, sin dejarse de llamar cristianos, ya no están con el Evangelio de Cristo, ni con su observancia, ni con su ley, sino que caminando al oscuro juzgan que tienen luz.

14 “Viejo camino” es la idolatría, de la cual se habían convertido los cristianos.

Los lisonjea y engaña el adversario, el cual, según la voz del Apóstol, se transfigura en ángel de luz y disfraza a sus servidores de ministros de justicia para que presenten la noche como si fuera día; la muerte, como vida; la desesperación, como prenda de esperanza; la perfidia, bajo pretexto de la fe; el anticristo, bajo el nombre de Cristo; y así mintiendo con sofismas, frustran la verdad con ingeniosa sutileza.

Y esto, hermanos muy queridos, sucede cuando no se remonta la origen de la verdad ni se busca a la cabeza,¹⁵ ni se cumple la doctrina de nuestro Maestro divino.

La iglesia fue instituida por cristo en unidad de régimen

4. Si alguno considera y examina todo esto no tendrá necesidad de un extenso tratado ni de argumentos. Fácil es la prueba para la fe con un compendio de la verdad.

De este modo habla el Señor a Pedro: “Yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no la vencerán. Te daré las llaves del reino de los cielos y todo cuanto atares sobre la tierra será atado en el cielo y cuanto desatares sobre la tierra, desatado será en el cielo” (Mt 16,18ss).

Edifica la Iglesia sobre uno solo, *“y a él ordena apacentar sus ovejas (Jn 21,15-17) y aunque luego le dé a todos los apóstoles igual potestad, sin embargo constituyó una única cátedra y determinó el origen de la unidad con la autoridad de su palabra. Ciertamente los otros apóstoles eran lo mismo que Pedro; pero el primado se lo otorga a Pedro para señalar una sola Iglesia y una sola cátedra. Todos por cierto son pastores,¹⁶ pero se señala una sola grey que es apacentada por todos los apóstoles en unánime conformidad de pensamiento. ¿Y creen tener fe quien no reconoce esta unidad? ¿Y confía estar en la Iglesia quien abandona la cátedra de Pedro sobre la que ha sido fundada la Iglesia?”¹⁷*

Edificó la Iglesia sobre uno solo y aunque después de la resurrección les dé a todos los apóstoles igual potestad y les diga: “Como mi Padre me envió a mí, así yo os envío a vosotros; recibid el Espíritu Santo: si perdonáis los pecados de alguno le serán perdonados; si los retenéis le serán retenidos” (Jn 20,21ss). Sin embargo para manifestar la unidad, dispuso con su autoridad que el

¹⁵ Alusión a Cristo, cabeza invisible y origen de la Iglesia.

¹⁶ Se entiende, los apóstoles.

¹⁷ El trozo entre comillas y en cursiva, es el que ha suscitado la cuestión polémica, de la cual se ha hablado en la introducción. Hartel lo omite en su edición crítica (Viena, 1868, I, III, 212).

origen de la misma unidad se iniciara de uno solo.

Lo mismo, por cierto, eran los demás apóstoles que lo que era Pedro, provistos de igual participación de honor y potestad; pero el principio parte de la unidad para mostrar que una sola es la Iglesia de Cristo.

A esta Iglesia única designa también el Espíritu Santo en nombre de Dios en el “Cantar de los Cantares” diciendo: “Una es mi paloma, mi predilecta, única hija y única elegida de su madre” (Ct 6,8).

Quien niega esta unidad, ¿creerá que conserva la fe? El que se revela y resiste a la Iglesia, ¿todavía podrá creer que está con la Iglesia? Tanto más que el mismo bienaventurado apóstol Pablo enseña esto mismo y declara el misterio de la unidad cuando afirma: “Uno solo es el cuerpo, uno el espíritu, una sola la esperanza de vuestra vocación, uno solo el Señor, una sola la fe, uno solo el bautismo, un solo Dios” (Ef 3,4ss).

Unidad del episcopado

5. Mayormente nosotros los obispos que presidimos la Iglesia, debemos mantener firmemente y reivindicar esta unidad, para probar que el episcopado es también uno e indivisible. Nadie engañe a la comunidad de los hermanos con la mentira;¹⁸ nadie corrompa la fe de la verdad con perversa prevaricación.

Uno solo es el episcopado, del que cada obispo participa; como una parte, del todo. Una sola es la Iglesia que se extiende ampliamente en ingente multitud por el incremento de su fecundidad; de la misma manera que son muchos los rayos del sol, pero una sola la luz.¹⁹ Son muchas las ramas del árbol, pero uno solo es el tronco arraigado en la firmeza tenaz de la raíz; y aunque la multiplicidad parezca difundida en la abundancia de corrientes al manar muchos ríos de una fuente, sin embargo la unidad se mantiene en el origen.

Intenta separar un rayo de la luz del sol, la unidad de su luz no tolera esta división; si cortas del árbol la rama, ya no podrá en ella germinar el fruto; si separas el río de la fuente, al separarlo lo secas. Así la Iglesia de Dios, inundada de luz, difunde sus rayos por el mundo entero; sin

¹⁸ Alude tanto al cisma cartaginés, como al de Novaciano, antipapa contra el legítimo sucesor de San Pedro, el papa Cornelio.

¹⁹ “No hay página, estoy por decir, en toda la literatura cristiana que sea más elocuente que esta, en la cual Cipriano manifiesta cómo las varias partes de la sociedad cristiana se reúnen en un todo orgánico y viviente”. H. Moricca.

embargo, es una sola la luz que se difunde por doquiera sin que se quebrante la unidad de su foco. Ella extiende sus ramas con abundancia y fructificación por toda la tierra; abre ampliamente los ríos que de ella dimanar; y sin embargo, una es la cabeza y una la fuente; y una sola la madre copiosa en frutos de fecundidad: de su seno nacemos, de su leche nos nutrimos, de su espíritu recibimos la vida.

La esposa de cristo, madre de los fieles

6. No es posible violar a la esposa de Cristo; es incorrupta y pura. Conoce una sola casa; custodia con casto pudor la santidad de un solo tálamo. Ella nos conserva para Dios. Ella destina al reino de Dios los hijos que engendra.

Quienquiera que se separa de la Iglesia, se une a una adúltera y se separa de las promesas de la Iglesia: el que abandona la Iglesia de Cristo, no recibirá los premios de Cristo. Es un extraño, un profano, un enemigo. No puede tener a Dios por padre, quien no tiene a la Iglesia por madre. Si alguno se hubiera podido librar de la muerte estando fuera del arca de Noé, podría quizás librarse el que estuviere fuera de la Iglesia.

El Señor amonesta diciendo: “El que no está conmigo está contra mí y el que no recoge conmigo esparce” (Mt 12,30). Quien quebranta la paz de Cristo y la concordia, obra contra Cristo. Quien recoge en algún lugar fuera de la Iglesia de Cristo, disipa la Iglesia de Cristo.

Dice el Señor: “Yo y el Padre somos una misma cosa” (Jn 10,30). Así como también está escrito del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo que “Los tres son uno solo” (1 Jn 5,7). ¿Y creará alguno que esta unidad proveniente de la divina fijeza y coherente por misterios celestiales pueda ser dividida en la Iglesia y separada por el divorcio de voluntades opuestas? Quien no guarda esta unidad, no guarda la ley de Dios, no guarda la fe del Padre y del Hijo, no tiene ni vida ni salvación.

La túnica íntegra de cristo, símbolo de la unidad

7. Este misterio de unidad, este vínculo de concordia inseparablemente coherente quedó manifiesto cuando, según el Evangelio, de ninguna manera fue dividida ni rota la túnica de Cristo, sino que se echaron suertes sobre ella para ver quién preferiblemente sería revestido de Cristo. El vestido fue recibido íntegro y la túnica poseída completa e indivisa. Lo afirma así la divina Escritura: “En cuanto a la túnica, como no estaba cosida de arriba abajo, sino tejida de una sola pieza,

se dijeron entre ellos: no la rompamos sino echemos suertes para ver de quién sea” (Jn 19,23ss).

Cristo traía la unidad que venía de arriba; esto es, del cielo y del Padre; y que de ninguna manera podía ser dividida por el que la recibiera y poseyera, sino que obtenía inseparablemente de una vez toda su sólida firmeza.

No puede poseer el vestido de Cristo quien rompe y divide la Iglesia de Cristo.²⁰

Por el contrario, como al morir Salomón debía dividirse su pueblo y su reino, el profeta Aquías saliendo al encuentro de Joroboán en el campo, dividió el propio vestido en doce trozos diciéndole: “Tómame diez trozos, porque esto dice el Señor: He aquí que divido el reino de la mano de Salomón y te daré a ti diez cetros; para él quedarán solo dos cetros en atención a mi siervo David y a la ciudad de Jerusalén a la que he elegido para establecer allí mi nombre” (1 R 11,31-36). Teniendo que dividir las doce tribus de Israel, el profeta Aquías divide su vestido. Pero como el pueblo de Cristo no puede ser dividido, su túnica totalmente tejida y coherente no ha sido dividida por los poseedores: indivisa, unida, compacta, muestra la concordia absoluta de nuestro pueblo, integrado por los que nos hemos revestido de Cristo.

Con el misterio y símbolo de su túnica, Cristo reveló la unidad de la Iglesia.

Tenaz insistencia en la necesidad de permanecer en la unidad

8. ¿Quién entonces será tan criminal y pérfido, quién tan enloquecido por el furor de la discordia que, o crea que pueda dividirse, o se atreva a discutir la unidad de Dios, la veste del Señor, la Iglesia de Cristo? Él mismo lo advierte en su Evangelio y lo enseña diciendo: “Y serán una sola grey y un solo pastor” (Jn 10,16). ¿Y podrá suponer alguno que en un solo lugar pueda haber o muchos pastores o muchos rebaños? De la misma forma el apóstol Pablo insinuándonos esta misma unidad, nos exhorta y aconseja diciendo: “Os pedimos, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo que afirméis todos esto mismo y que no haya cismas entre vosotros, pues estáis armonizados en el mismo sentido y en la misma opinión” (1 Co 1,10). Y todavía añade: “Soportándonos mutuamente en el amor, haciendo lo necesario para conservar la unidad de espíritu en la conjunción de la paz” (Ef 4,ss).

20 Precioso argumento contra los que pretenden separar como algo distinto —especialmente en el orden político— a Cristo de la Iglesia; y afirman que combaten a la Iglesia y no a Cristo; o combaten a la jerarquía, obispos y sacerdotes y no a la Iglesia. Ya en aquellos primitivos tiempos, se preveían los hipócritas confusionismos, tantas veces repetidos luego en la historia, a que darían ocasión el pretender dividir lo que es indivisible: separar a Cristo de su Iglesia, a la Iglesia de su legítima Jerarquía, desde el Sumo Pontífice hasta el más modesto de sus sacerdotes.

¿Piensas tú que pueda sostenerse y vivir el que se aparta de la Iglesia, el que se construye para sí otras sedes y otros domicilios? En cambio a Rahab, que prefiguraba a la Iglesia, se le dijo: “Reunirás junto a ti en tu casa a tu padre, a tu madre, a tus hermanos y a toda la familia de tu padre y será así: todo el que saliere fuera de la puerta de tu casa será culpable para su daño” (Jos 2,18ss). Igualmente el rito de la Pascua no prescribía otra cosa en la ley del Éxodo, sino que el cordero, que se mataba en figura de Cristo, se comiera en una sola casa. Habla el Señor diciendo: “Será comido en una sola casa y no arrojaréis carne fuera de ella” (Ex 12,46). La carne de Cristo, el Santo del Señor, no puede ser arrojada afuera: no hay otro lugar para los creyentes, fuera de la única Iglesia.

Este hogar, este albergue de concordia, lo designa y muestra el Espíritu Santo cuando dice en los salmos: “Dios, que hace habitar en una sola casa a los unánimes” (Sal 67,7). En la casa de Dios, en la Iglesia de Cristo, habitan los unánimes, los que perseveran en la sencillez y en la concordia.

La mansedumbre de la paloma

9. Por eso el Espíritu Santo descendió en forma de paloma; animal sencillo y alegre, no amargado por la hiel, ni feroz en el mordisco, ni violento por el arañazo de las uñas; ama las moradas de los hombres; cuando cría alimenta juntos a todos sus pichones; cuando emprende vuelo va en bandadas; pasa su vida en solidaria compañía; sella la concordia de la paz con el beso; en todo cumple con la ley de la unanimidad.

Esta es la sencillez que debe encontrarse en la Iglesia; esta, la caridad que debe conseguirse. Imítese a la paloma en el amor fraterno; iguállese nuestra mansedumbre y dulzura a la de las ovejas y corderos. ¿Qué tienen que hacer en un corazón cristiano la fiereza de los lobos, la rabia de los perros, el veneno mortífero de las serpientes y la sangrienta crueldad de las fieras? Hay que congratularse cuando los tales se separan de la Iglesia para que no sean arrebatadas las palomas y las ovejas de Cristo por su cruel y venenoso contagio.

No pueden unirse ni mezclarse el amargor con la dulzura, la tiniebla con la luz, la lluvia con la serenidad, la guerra con la paz, la esterilidad con la fecundidad, la sequedad con los manantiales, la tempestad con la tranquilidad.

Nadie crea que los buenos puedan ser separados de la Iglesia, porque el viento no arrebató al trigo, ni la tempestad derriba al árbol aferrado a sólida raíz; las pajas vacías, esas sí son aventadas

por la tempestad; y los árboles enfermos, los derribados por el soplo del huracán. El apóstol Juan los reprueba y azota diciendo: “De nosotros salieron; pero no eran de los nuestros. Si hubieran sido de los nuestros. hubieran permanecido con nosotros” (Jn 2,19).

Nacimiento de las herejías

10. Frecuentemente han surgido y surgen las herejías de esto: de la mente perversa que no tiene paz y de la discordia pérfida que no respeta la unidad.

En verdad, Dios permite y soporta que sucedan estas cosas, mientras dura el albedrío de nuestra propia libertad, para que el criterio de la verdad examine nuestras mentes y corazones y así resplandezca con luz clara la entera fe de los probados.

El Espíritu Santo amonesta por medio del Apóstol y dice: “Es necesario que haya herejías para que los probados sean de vosotros conocidos” (1 Co 11,19). Y así son probados los fieles, así son descubiertos los pérfidos. De este modo, aún antes del juicio, son aquí separadas las almas de los justos y de los injustos; la paja, del trigo.

De aquí surgen los que, sin ninguna disposición divina, se colocan atrevidamente a sí mismos al frente de otros, temerarios secuaces;²¹ los que se arrojan para sí mismos el título de obispos sin que nadie les haya dado el episcopado;²² los que el Espíritu Santo designa en los Salmos, como sentándose en la cátedra de pestilencia (Sal 1,1); peste y epidemia de la fe, engañadores con boca de serpiente y artífices en adulterar la verdad, vomitadores de tales venenos por sus mortíferas lenguas; su palabra serpea como alacrán, su trato inyecta virus mortal en los corazones de cuantos los tratan.

La voz de Dios contra los sembradores de discordias

11. Contra estos clama el Señor, de estos aparta y detiene a su pueblo engañado, diciendo: “No queráis oír los discursos de los pseudoprofetos, porque las ilusiones de su corazón los engañan. Hablan, pero no por inspiración del Señor. Ellos dicen a aquellos que rechazan la palabra de Dios: ¡Tendréis paz! Y a todos los que viven de acuerdo con sus caprichos y a todo el que camina bajo

²¹ Novaciano se había hecho consagrar obispo por alguno de sus adeptos y él, a su vez, consagró otros en abierta violación de las leyes eclesíásticas de su tiempo.

²² Novaciano consagró obispos, donde ya los había legítimamente elegidos, sin que se tuviese en cuenta la voluntad de los colegas vecinos y del pueblo, conforme a las leyes canónicas de entonces.

el error de su pasión, les dicen: ¡Ya no habrá males contra ti! Pero yo no les he hablado y ellos se han dado a profetizar. Si hubieran permanecido unidos a mí y oído mis palabras y así hubiesen enseñado a mi pueblo, los convertiría de sus extraviados pensamientos” (Jr 23,16-17.21-22).

A estos además el Señor designa y señala diciendo: “Me abandonaron a mí, fuente de agua viva y se cavaron cisternas rotas que no pueden conservar el agua” (Jr 2,13).

Y aunque no puede haber más que un solo bautismo, ellos se imaginan que bautizan; habiendo abandonado la fuente de la vida, prometen no obstante la gracia de un agua vital y salvadora. Pero con ella no se limpian los hombres, sino que se manchan;²³ no se lavan los delitos sino que además se acumulan. Ese nacimiento engendra hijos, no para Dios sino para el diablo. Nacidos de la mentira no alcanzan las promesas de la verdad; engendrados en la perfidia pierden la gracia de la fe. No pueden conseguir el premio de la paz los que con el furor de la discordia, quebrantaron la paz de Dios.

La Iglesia y las iglesias

12. Nadie se engañe interpretando falsamente lo que el Señor ha dicho: “Doquiera estuvieren dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy con ellos” (Mt 18,20). Los corruptores y falsos intérpretes del Evangelio citan las últimas palabras y omiten las anteriores; recuerdan tan solo una parte y suprimen maliciosamente la otra. De la misma manera que se separaron de la Iglesia, así también tratan de separar el pensamiento de su absoluta unidad.

El Señor para enseñar a sus discípulos la unanimidad y la paz, dijo: “Os digo que si a dos de vosotros le conviene algo en la tierra, de cualquier cosa que pidáis, se os realizará por concesión de mi Padre que está en los cielos. Pues dondequiera hubiese dos o tres congregados en mi nombre, yo estoy con ellos” (Mt 18,19); mostrando de este modo que se concedería mucho no a la multitud, sino a la unanimidad de los que piden.

“Si a dos de vosotros les conviene en la tierra”; primeramente colocó la unanimidad, antes colocó la concordia y la paz y así enseñó que nos conviene vivir unidos con fidelidad y firmeza.

¿Pero cómo puede convenir algo con otro, aquel de quien consta que no se aviene con el cuerpo mismo de la Iglesia, ni con la universal comunidad de los hermanos? ¿Cómo pueden reunirse dos

²³ Responde este pasaje a la idea de San Cipriano de que los herejes, por hallarse fuera de la unidad de la Iglesia, no podían válidamente bautizar; idea que dio origen a la célebre y debatida cuestión de los rebautizados.

o tres en nombre de Cristo constando que se han separado de Cristo y de su Evangelio? No nosotros de ellos, sino ellos se apartaron de nosotros: así nacen las herejías y los cismas; y abandonando la cabeza y el origen de la verdad fundan luego para ellos iglesias separadas.

El Señor en cambio habla de su Iglesia y se dirige a los que están en su Iglesia para advertirles que si están unidos, que si, de acuerdo a lo que mandó y advirtió, dos o tres orasen unánimemente —aunque no fueran sino dos o tres tan solo— podrán conseguir de la majestad de Dios lo que pidieren. “Donde quiera hubiere dos o tres, yo estoy con ellos”; pero con los sencillos y pacíficos, con los que temen a Dios y cumplen los preceptos divinos.²⁴

Con estos, aun cuando no sean sino dos o tres, dijo que se encontraría; del mismo modo que estuvo con los tres jóvenes en el horno ardiente y, dado que permanecían sencillos y unánimes entre sí, los refrigeró con humedecida aura mientras iban por el camino de las llamas. De igual manera asistió a los dos apóstoles encarcelados y, porque eran sencillos y entre ellos concordes, les abrió los cerrojos de la cárcel y los puso nuevamente en la plaza (Cf. Hch 5,17-25) para que dispensaran a la multitud la palabra que predicaban con fidelidad. Por lo tanto, cuando el que instituyó e hizo la Iglesia establece y declara en sus preceptos: “Donde estuvieren dos o tres, con ellos estoy yo”, no separa a los hombres de la Iglesia, sino que con la misma sentencia reprueba a los pérfidos su discordia y recomienda a los fieles la paz, demostrando que Él más bien está con dos o tres que oran en unanimidad, que con muchos disidentes; y que se puede conseguir más con la oración concorde de pocos, que con la discordia de muchos.

La ley de amor confirmada por la norma de la plegaria

13. Por eso mismo al promulgar la ley de orar, añadió: “Cuando os dispongáis a orar, si tuvieseis algo contra alguno, perdonadlo para que vuestro Padre que está en los cielos, os perdone vuestros pecados” (Mc 11,25). Y aleja del altar al que se acerca con discordia; le ordena que primero se reconcilie con el hermano y, regresando ya con la paz en el alma, entonces ofrezca su don a Dios; por esto ni miró Dios los dones de Caín, pues no podía tener benévolo a Dios quien por la discordia de los celos no tenía paz con su hermano. ¿Qué paz entonces se pueden prometer los enemigos de los hermanos?, ¿qué sacrificios creen celebrar los envidiosos de los sacerdotes? ¿Pue-

²⁴ Para que se cumpla esta promesa de Jesucristo, es necesario que esos “dos o tres” pertenezcan a la Iglesia, formen parte de la única Iglesia. Por tanto, los que pertenecen a las iglesias disidentes, no pueden abrogarse la aplicación de estas palabras del Evangelio.

den imaginarse los que se reúnen fuera de la Iglesia de Cristo, que cuando están juntos, Cristo se halle entre ellos?

El martirio no tiene valor sin la caridad

14. Estos tales, aunque los matasen al proclamar su fe cristiana, no borrarían esa mancha ni con su sangre, porque la culpa inexpiable y grave de la discordia no se lava con el martirio. No puede ser mártir quien no está con la Iglesia: no puede llegar al reino el que despreció a la que está destinada a reinar.²⁵

Cristo nos ha dado la paz, nos mandó vivir concordes y unánimes, ordenó que fuesen conservados intactos e inviolables los lazos de la caridad. Por tanto, no puede presentarse a Él como mártir quien no guardó la caridad fraterna.²⁶

Esto mismo enseña y atestigua el apóstol Pablo cuando dice: “Aun cuando tuviese tal fe que transportase las montañas, si no tengo caridad, nada soy; aunque distribuyera todos mis alimentos (a los pobres) y aunque entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, de nada me aprovecha. La caridad es magnánima, la caridad es benigna, la caridad no es envidiosa, no se ensoberbece, no se irrita, no contradice, no piensa mal, lo ama todo, lo cree todo, lo espera todo, lo padece todo. La caridad no acabará nunca” (1 Co 13,2-13).

La caridad, dijo, nunca acabará. Ella permanecerá siempre en el reino; durará eternamente en la unidad de los hermanos entre sí estrechamente unidos.

La discordia no puede llegar al reino de los cielos; no puede ser acreedora al premio de Cristo, el cual dijo: “Este es mi mandamiento: que os améis mutuamente como yo os he amado” (Jn 13,34); luego no puede alcanzarlo el que violó con pérfida disensión el amor de Cristo. El que no tiene caridad, no tiene a Dios. Es frase del bienaventurado apóstol Juan: “Dios es amor y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios permanece en él” (1 Jn 4,16). No pueden permanecer en Dios los que no quieren permanecer unánimes en la Iglesia de Dios.

Aunque ardan en las llamas y, arrojados al fuego o echados a las fieras, pierdan sus vidas, no

²⁵ La destinada a reinar es únicamente la Iglesia, pues ella es el único reino fundado por Cristo. No consta de otro y a él hacía alusión el Arcángel en la Anunciación cuando dijo: “y le dará Dios la sede de su padre David y reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin” (Lc 1,32-33).

²⁶ La palabra “mártir” significa testigo, testimonio. No puede dar testimonio de Cristo quien no cumple con “su mandato”, el “mandato nuevo” dejado por el mismo Cristo, es decir, el precepto de la caridad.

será su muerte corona de la fe, sino castigo de la perfidia; ni gloriosa meta de virtud religiosa, sino muerte sin esperanza alguna. Ese tal puede ser matado, pero no por eso será coronado. Podrá proclamarse cristiano, pero también el demonio se presenta engañosamente como Cristo, según lo previene el mismo Señor cuando dice: “Muchos vendrán en mi nombre diciendo: Yo soy Cristo y engañarán a muchos” (Mc 13,6).

Así como ese tal no es el Cristo, aunque engañe en nombre de Cristo, así tampoco puede considerarse cristiano quien no permanece en el Evangelio de Cristo y en la verdad de la fe.

No será justificado quien obra milagros sino el que observa la ley de la caridad

15. Sublime en verdad y admirable cosa es profetizar, arrojar demonios y realizar grandes prodigios; sin embargo cualquiera que haga estas cosas no conseguirá el reino de los cielos si no camina en la observancia del recto y justo sendero.

Lo declara el Señor: “Muchos dirán —afirma— en aquel día: ¡Señor, Señor!, ¿acaso no hemos profetizado en tu nombre, no hemos obrado grandes prodigios? Y entonces les diré: ¡Nunca os he conocido! ¡Apartaos de mí los que obráis la iniquidad!” (Mt 7,22ss). Para hacer méritos delante del Juez supremo, se requiere justicia; hay que obedecer a sus mandatos y advertencias para que nuestros merecimientos logren la recompensa.

El Señor, al orientar en pocas palabras el camino de nuestra fe y de nuestra esperanza, dijo: “Tu Señor y tu Dios es uno solo” y “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas. Este es el primer mandamiento, y el segundo es semejante a este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Toda la ley y los profetas se compendian en estos dos preceptos” (Mc 12,29ss). Enseñó con su magisterio la unidad juntamente con la caridad, encerró en los preceptos toda la ley y todos los profetas.

Y a decir verdad, ¿qué unidad conserva, qué caridad custodia o intenta el que rabioso por el furor de la discordia, divide la Iglesia, destruye la fe, turba la paz, disipa la caridad, profana los sacramentos?

Las herejías han sido vaticinadas

16. Este mal, ¡oh hermanos en la fe!, ya había comenzado antes; pero ahora creció el desastroso azote de este daño y ha empezado a lanzarse y a pulular cada vez más la venenosa calamidad de

la perversión herética y de los cismas, porque así debía suceder hacia el ocaso de este mundo,²⁷ según lo que el Espíritu Santo nos ha preanunciado por el Apóstol: “En los últimos días sobrevendrán tiempos tristes, habrá hombres que se buscarán a sí mismos, soberbios, ambiciosos, arrogantes, blasfemos, que no escucharán las palabras de sus mayores, ingratos, impíos, sin afecto, sin unión, delatores, incontinentes, inhumanos, que no amarán el bien, traidores, procaces, hinchados de arrogancia, que amarán más los placeres que a Dios, que tendrán una falsa máscara de religión, pero renegarán de su virtud. De estos son aquellos que arrastrándose dentro de las casas roban las mujerzuelas cargadas de pecados, las cuales se guían por insanos deseos y están siempre aprendiendo y nunca llegan a la ciencia de la verdad. Y así como Juan y Mambres resistieron a Moisés, así también estos resisten a la verdad; pero no progresarán mucho. Pues su ignorancia será manifiesta a todos, como lo fue la de aquéllos” (2 Tm 3,1ss, con ref. a Ex 7,8,11-12).

Todas las cosas que han sido anunciadas, se van cumpliendo; y al acercarse ya el fin del siglo, se van cumpliendo para prueba tanto de los hombres como de los tiempos. Ahora más que nunca, encarnizándose el adversario, el error engaña, el estupor exalta, el furor enciende, la pasión ciega, la impiedad deprava, la soberbia infla, la discordia exaspera, la ira precipita.

Huir de las herejías

17. Sin embargo, no nos debe conmovér ni turbar la grandísima y desenfadada perfidia de tantos; antes bien, ha de corroborar nuestra fe la realidad de las cosas que habían sido anunciadas con anterioridad. Y así como algunos comenzaron a ser tales de acuerdo a estas cosas que estaban ya antes anunciadas, así también los demás hermanos deben cuidarse de todo esto porque también este peligro ha sido preanunciado cuando el Señor adoctrinaba y decía: “Vosotros empero precaeos; he aquí que os lo he anunciado todo” (Mc 13,23).

Evitad —os lo suplico— esta clase de hombres y apartad de vuestro lado y de vuestros oídos sus perniciosas conversaciones como un contagio de muerte, según lo que se ha escrito: “Cerca tu oído con espinas y no quieras escuchar la lengua malvada” (Si 28,24); y además: “Las conversaciones pésimas corrompen las buenas índoles” (1 Co 15,33).

El Señor nos enseña y avisa que hay que apartarse de tales individuos: “Son ciegos —dijo— y

²⁷ Responden estas palabras a la opinión de Cipriano de que el mundo tocaba a su fin. Véanse sus otras obras: *De mortalitate*, 3; y *Ad Demetrium*, 3.

guías de ciegos y si un ciego guía a otro ciego ambos caerán al foso” (Mt 15,14).

Este tal debe ser rechazado; debe huirse del que está separado de la Iglesia sea quien sea. Un hombre semejante es un perverso y peca y a sí mismo se ha condenado. ¿Será posible que crea que está con Cristo el que obra contra los sacerdotes de Cristo, el que se aparta de su clero y de la unidad de su pueblo?²⁸ Ese tal esgrime sus armas contra la Iglesia, combate el ordenamiento de Dios.

Enemigo del altar, rebelde contra el sacrificio de Cristo, renegado de la fe, sacrílego contra la religión, siervo traidor, hijo impío, fratricida, que, despreciando a los obispos y sacerdotes de Dios, osa edificar otro altar y formular con ilícitas palabras una plegaria distinta, profanar la verdadera y divina hostia con falsos sacrificios, sin pensar que el que se esfuerza contra lo establecido por Dios, será castigado con la ira divina por la audacia de su temeridad.

Castigo de los sediciosos

18. Así Coré, Datán y Abirón, que osaron atribuirse la potestad de ofrecer sacrificios, de inmediato pagaron el precio del castigo por su atrevimiento. Resquebrajada la tierra, se abrió un profundo hueco y la abertura de las grietas del suelo convulsionado los tragó vivos y de pie como estaban; pero la ira de Dios indignado no solo castigó a los instigadores, sino también a los otros doscientos cincuenta cómplices, partícipes de la misma rebelión que se habían mancomunado con ellos y por semejante atrevimiento, fueron consumidos rápidamente por un fuego suscitado por la ira de Dios; advirtiendo y demostrando así que todo cuanto con su voluntad intentan los perversos contra el orden establecido por Dios, contra el mismo Dios lo intentan.

De igual manera el rey Ocías, violando la ley de Dios, tomando el turbulo se arrogó la facultad de sacrificar y no queriendo obedecer ni desistir ante la renuencia del sacerdote Azarías, fue confundido por la divina indignación cubriéndose su frente de lepra, quedando así marcado por el Señor ofendido, en aquella misma parte del rostro donde se signan a los que son consagrados a Dios. Asimismo los hijos de Aarón, que colocaron sobre el altar un fuego profano y no el ordenado

28 Palabras de valor permanente; y también de nuestro tiempo. Decir que no se persigue a Cristo o a la Iglesia, sino a los obispos y sacerdotes, al clero, a la jerarquía, es un argumento capcioso para perseguir en realidad a la Iglesia.

Las persecuciones, especialmente desde la Revolución Francesa a nuestros días, casi todas han empezado con el mismo estribillo: tan solo se trata de combatir a los que dan en llamar “malos sacerdotes o malos obispos”; y en realidad lo que se intenta es la destrucción de la Iglesia. Ejemplos, las persecuciones en Francia, en los países situados detrás de la cortina de hierro y de bambú, en Méjico y en España; y también entre nosotros, en la República Argentina. “Queremos a Cristo sin Iglesia —dice mostrándolos, S. S. Pío XII—, luego gritan que quieren a Dios sin Cristo y por último también detestan a Dios”. Tal parece el programa de las logias en la actualidad.

por el Señor, al punto fueron consumidos delante del altar mismo.

Mayor delito es atentar contra la unidad de la iglesia que renegar de la fe

19. A estos, por cierto, imitan y siguen los que, despreciando la tradición divina, apetecen doctrinas extrañas e inventan magisterios de institución humana. A todos ellos increpa y recrimina el Señor cuando dice en su Evangelio: “Rechazáis el mandato de Dios para establecer vuestra tradición” (Mc 7,9).²⁹

Este crimen es más grande que el cometido por los renegados.³⁰ Porque estos son sometidos a penitencia por sus culpas e imploran la piedad divina con abundantes satisfacciones. Por este lado la Iglesia es buscada e invocada; en cambio por el otro, es atacada; aquellos pudieron haber sucumbido a la necesidad, en estos por el contrario, la voluntad persiste en su crimen; el que ha renunciado, tan solo se dañó a si mismo, el que se atrevió a crear una herejía o un cisma engañó a muchos arrastrándolos tras sí; en el primero el daño es de uno solo, en el otro el peligro es de muchos. Ciertamente, que el primero entiende que ha pecado y se lamenta y llora; el otro por el contrario, se hincha en su pecado y, complaciéndose en sus delitos, separa los hijos de la madre, aparta las ovejas del pastor y altera los misterios divinos. Y mientras el renegado pecó una sola vez, el otro peca todos los días.

Y finalmente, si después el apóstata logra el martirio puede recibir la promesa del reino; en cambio el hereje si fuese matado estando fuera de la Iglesia, no puede alcanzar los premios, que tan solo a la Iglesia fueron prometidos.

Ni la adhesión de los confesores justifica la herejía

20. Nadie debe admirarse, ¡oh amadísimos hermanos!, de que también algunos confesores hayan caído en esto;³¹ como tampoco de que otros hayan pecado cayendo en delitos muy graves y vergonzosos. La confesión, en efecto, no inmuniza contra las envidias del diablo, ni defiende a perpetuidad contra las tentaciones, los peligros, los ataques y violencias del mundo, al que todavía

²⁹ “Magisterios de institución humana”, entre ellos hay que incluir las llamadas “iglesias nacionales”. Tal pretensión no tiene otro fin que acabar con la verdadera y única Iglesia sacándole dos de sus notas fundamentales: su unidad y su catolicidad. Iglesia “nacional y” es una contradicción en los términos; es el rechazo del Reino de Cristo para implantar la tiranía de Satanás.

³⁰ Alude el Santo a los apóstatas de la persecución del emperador Dedo, que reclamaban el perdón de su crimen.

³¹ Se llamaban “confesores” a aquellos que durante la persecución habían sido encarcelados o torturados por haber confesado a Cristo, pero que no habían sufrido el martirio, es decir, la muerte.

se halla en esta vida.

Si así no fuese, jamás veríamos en los confesores fraudes, ni estupro, ni adulterios, que ahora alguna vez debemos deplorar y lamentar. Quienquiera que sea ese confesor, no es mayor ni más querido por Dios que Salomón, el cual en verdad, mientras marchó por las vías del Señor, disfrutó de la gracia que había conseguido del mismo Señor; pero no bien abandonó los caminos de Dios, perdió también la gracia. Por eso se ha escrito: “Conserva lo que tienes, no sea que otro reciba tu corona” (Ap 3,11). Ciertamente el Señor no amenazaría que pueda ser arrebatada la corona de la justicia, sino porque apartándose uno de la justicia necesariamente se aparta también de la corona.

La confesión es principio y no meta de la gloria

21. La confesión es el exordio de la gloria, no el premio de la corona. Ella no es la completa alabanza del mártir, sino tan solo el principio de esa dignidad, porque está escrito: “El que persevera hasta el fin, este será salvo” (Mc 10, 22).

Todo cuanto ocurre antes del fin es peldaño, por el cual se va ascendiendo a la cumbre de la salvación; y no el término, desde el cual se domina lo más alto de la cima.

Es confesor; pero después de la confesión es tanto mayor su peligro cuanto más provocado fue el adversario. Es confesor; pero por esto mismo ha de estar más unido al Evangelio, por la gloria conseguida a causa del Evangelio. “Al que se le da mucho, mucho se le pedirá y al que se le otorga mayor dignidad, mayor abundancia de servidumbre se le exigirá” (Lc 12,48).

Nadie perezca por el mal ejemplo de un confesor; que nadie aprenda la injusticia, la insolencia, la perfidia a causa del mal comportamiento de un confesor.

El confesor, sea humilde y pacífico, sea modesto y disciplinado en su conducta; de manera que, el que se dice confesor de Cristo, imite al Cristo que confesó, pues Él ha dicho: “El que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado” (Lc 18,14). Y Él fue exaltado por el Padre porque Él —Palabra, Poder y Sabiduría del Padre— se humilló en esta tierra y ¿cómo podrá amar la soberbia Él, que con su ley nos ordenó la humildad; Él, que recibió del Padre el nombre más esclarecido en premio a su humildad?³²

Es confesor de Cristo, con tal que la majestad y la dignidad de Cristo no sean despreciadas por

32 Alusión al texto de San Pablo: “Dios lo exaltó y le dio un nombre que está sobre todo nombre” (Flp 2,9).

su culpa.

La lengua que confesó a Cristo no debe ser maldiciente ni turbulenta, ni ha de oírse alborotando en medio de peleas y de insultos, ni arrojar el veneno de serpiente contra los hermanos y sacerdotes de Dios, tras las alabanzas.³³

Por lo demás, si luego de haber confesado se hace culpable y detestable, si malgasta su confesión con perversa conducta, si mancha su vida con torpe ignominia, si finalmente abandona la Iglesia en la que se había hecho confesor, rompe la concordia de la unidad y cambia su prístina fe en posterior perfidia, no pretenda lisonjearse todavía como predestinado al premio de la gloria gracias a su confesión; al contrario, por todo esto habrá merecido castigos mayores.

La infidelidad de algunos confesores no menoscaba la dignidad de los que permanecen fieles

22. También eligió el Señor a Judas para ser apóstol; y sin embargo el mismo Judas traicionó después al Señor; y no por eso decayó la fe y la firmeza de los apóstoles porque el traidor se separara de su colegio.

Así también en este caso, de ninguna manera se quebranta la santidad y dignidad de los confesores porque algunos de ellos haya quebrantado la fe. El bienaventurado Apóstol afirma en su epístola: “¿Qué importa si algunos de ellos se apartaron de la fe? ¿Acaso su infidelidad suprimió la fe de Dios? Absolutamente no. Pues Dios es veraz y todo hombre, en cambio, mentiroso” (Rm 3,4).

La mayor y mejor parte de los confesores permanece en el vigor de la fe y en la verdad de la disciplina del Señor; y no se apartan de la paz de la Iglesia los que recuerdan que por bondad de Dios han recibido esa gracia en la Iglesia. Por esto, tanto más es de alabar su fe, cuanto se separaron de la perfidia de aquellos con los cuales habían estado unidos en la confesión apartándose del contagio de su crimen; y, en cambio, iluminados por la luz del Evangelio, inundados de la pura y cándida luz del Señor, tan laudables son por conservar la paz de Cristo cuanto fueron victoriosos en la lucha contra el demonio.

33 Alusión a la alabanza dada a Dios por la confesión de la fe, al sobrellevar la cárcel, o el destierro, o los tormentos.

Huir de la discordia para no enredarse en la culpa

23. Deseo, por cierto, queridísimos hermanos y al mismo tiempo os aconsejo y exhorto para que ninguno de los hermanos perezca, para que dichosa nuestra Madre la Iglesia estreche unido en su regazo a todo su pueblo, como a un único cuerpo. Pero si tan saludable consejo no lograra reintegrar el camino de la salvación a ciertos promotores de cismas y autores de disensiones, que permanecen en su obstinada demencia, por lo menos que todos los demás que fuisteis sorprendidos por ignorancia, o inducidos por error, o engañados por alguna sutileza de falaz astucia, librados de los lazos del engaño, apartad vuestros extraviados pasos de los errores y reconoced el recto camino que conduce a la patria celestial. Esta expresión del Apóstol lo confirma: “Os ordenamos en nombre del Señor Jesús que os apartéis de todos los hermanos que caminan en el desorden y no de acuerdo a la tradición que de nosotros recibieron” (2 Ts 3,6). Y luego añade: “Que nadie os engañe con palabras especiosas; por eso cayó la ira de Dios sobre los hijos de la contumacia. No queráis ser, pues, cómplices de ellos” (Ef 5,6ss).

Hay que apartarse o, mejor, huir de los culpables; no suceda que al juntarse alguno con los que andan mal, también él se haga reo del mismo crimen. Uno solo es Dios, uno solo el Cristo una sola su Iglesia y una sola la fe y uno solo el pueblo aglutinado en una sola unidad de cuerpo por la amalgama de la concordia.

La unidad no puede dividirse, como tampoco un cuerpo sin que se rompan sus articulaciones, sin que se destroce, sin que sean laceradas sus entrañas y así separado no puede vivir ni respirar porque pierde la substancia de su ser todo lo que se aparta de la fuente de vida.

Alabanza de la paz

24. El Espíritu Santo nos aconseja: “¿Quién es el hombre que quiere la vida y ansía ver días felices? Refrena tu lengua del mal y no hablen tus labios insidiosamente. Apártate del mal y haz el bien, busca la paz y marcha tras ella” (Sal 33,13).

El hijo de la paz debe buscar y seguir la paz; el que reconoce y ama el vínculo de la caridad debe refrenar su lengua del mal de la discordia. Hallándose el Señor próximo a la Pasión, entre sus divinos mandamientos incluyó esta laudable enseñanza. “Os dejo la paz, os doy mi paz” (Jn 14,27). Esta herencia nos ha dejado; todos los dones y premios de su promesa, los hizo depender de la conservación de la paz. Si somos herederos de Cristo permanezcamos en la paz de Cristo; si somos

hijos de Dios seamos pacíficos, pues, dijo: “Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios” (Mt 5,9).

Necesario es que los hijos de Dios sean pacíficos, mansos de corazón, sencillos de palabra, concordes en el afecto, unidos fielmente entre sí con el vínculo de la unidad.

El ejemplo de la edad apostólica

25. Esta unidad existió ya antiguamente en tiempo de los Apóstoles. Así el nuevo pueblo de los creyentes cumplía los preceptos del Señor conservando la caridad. Lo prueba la Escritura: “En verdad, la multitud de los que creían, obraban con una sola mente y una sola alma” (Hch 9,32). Y también: “Y se hallaban todos perseverantes y unánimes en la oración con las mujeres y María, que era la madre de Jesús y con sus hermanos” (Hch 1,14). Por eso oraban con plegarias eficaces; por eso podían esperar confiadamente todo lo que pedían a la misericordia de Dios.

Contraste entre ahora y entonces

26. En cambio entre nosotros de tal modo ha mermado la unanimidad, que se ha quebrantado también la amplitud de las obras de caridad.

Entonces vendían las casas y los fundos y, depositando los tesoros en el cielo, ofrecían el precio a los apóstoles para que lo distribuyeran en socorro de los necesitados. Ahora, en cambio, ni siquiera damos las décimas de nuestras entradas y aunque el Señor mande vender, compramos y medramos. Así se ha relajado entre nosotros el vigor de la fe; así ha languidecido la firmeza de los creyentes. Por eso el Señor, contemplando nuestros tiempos, dice en su Evangelio: “¿Piensas que cuando venga el Hijo del Hombre, encontrará fe en la tierra?” (Lc 18,8). Y estamos viendo cómo se cumple lo que Él ha predicho.

Ya la fe es totalmente negativa en el temor de Dios, en la ley de la justicia, en el amor, en la acción. Nadie se impresiona ya con el temor de los novísimos, nadie considera ya el día del Señor, ni la ira de Dios, ni los suplicios que sobrevendrán a los incrédulos, ni los eternos tormentos sancionados contra los malvados. Todo lo que debiera temer nuestra conciencia si creyese, no lo teme en absoluto, pues no cree. Porque si creyera estaría prevenida para evitarlo y evitándolo se libraría.

Vigilar con diligencia

27. Empeñémonos cuanto podamos, queridísimos hermanos e interrumpido el sueño de invertebrada inercia, vigilemos para observar y secundar los preceptos del Señor.

Seamos tales, cuales Él mismo nos mandó ser cuando dice: “Tened ceñidas vuestras cinturas y encendidas vuestras linternas y asemejaos al hombre que espera a su señor que regresa del festín de bodas, para que en llegando y llamando le podáis abrir. Bienaventurados aquellos que en llegando el Señor, los encuentra despiertos” (Lc 12,35).

Ceñidos hemos de estar, no vaya a suceder que cuando llegue el día de la partida nos sorprenda embarazados y embrollados.³⁴

Resplandezca y fulgure nuestra luz con buenas obras para que nos transporte de la noche de este siglo a la luz de la claridad eterna.

Esperemos siempre solícitos y precavidos la llegada repentina del Señor, para que cuando Él llame a nuestra puerta, nuestra fe vigile para recibir de Dios el premio de nuestra diligencia.

Si se guardaren estos mandamientos, si se cumplieren estos avisos y preceptos, no podremos ser arrebatados dormidos por el demonio engañador, sino que como siervos vigilantes reinaremos donde Cristo impera.

0-0-0-0-0-0-0

Fuente
Padres Apostólicos / San Cipriano
La unidad de la Iglesia Católica / Los renegados
Prólogo, traducción y notas de Juan Suárez, S.D.B.
Librería Parroquial, Av. Claveria 122, México, 1956
Pág. 7-72

Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora

34 El día de la partida es el de la muerte, en que se emprende el viaje definitivo a la eternidad.